

Adorno revisitado¹

Blas Matamoro

1

Contamos, por fin, con un Theodor W. Adorno biográfico². El sujeto inmediato que parecía inalcanzable, dada la maraña de escritura que lo ocultaba, a menudo ardua de atravesar, resulta ahora visible. Los comienzos, por ejemplo, parecen extraídos de una novela educativa alemana, con la clásica oposición, conciliada en el matrimonio, del comercio y el arte. El padre era un comerciante judío de origen germano y la madre, una cantante católica de origen italiano. La ciudad natal, Fráncfort, también lo es de Goethe, el que dibuja, ya en *Wilhelm Meister*, la dualidad del alma del creador: burgués y artista, arraigado en el lugar del patrimonio y con vocación por el vagabundeo. Un escritor favorito de Adorno, Thomas Mann, insiste en esta pareja de contrarios que se excluyen sin poder prescindir el uno del otro, en sus «noveletas de artista».

Hijo único, niño mimado, en su casa habrá dinero y música. Y dos madres, en vez una, porque la tía Agathe será como la segunda de ellas. Quizá, si se admite un fácil y ligero apunte psicoanalítico, esta dualidad es la que marca la vida sentimental y sexual de Adorno. Tendrá una sola esposa, Gretel, para siempre, y unas cuantas amantes episódicas, más o menos apasionadas. Y un solo gran amigo, con quien compartirá la escritura de su libro decisivo, *Dialéctica de la Ilustración*: Max Horkheimer, hijo único de una familia burguesa judía, como él. Un espejo bien elegido.

Hasta ahora la geometría se impone en este dibujo de vida. Tal vez el elemento que altera sus disposiciones simétricas, sea el judío. Adorno fue criado en términos liberales y laicos, ya que su padre no practicaba la religión. Sus inclinaciones intelectuales –la música, en primer lugar, y la filosofía, en segundo– provienen de su madre. Quizá, también un momento de su juventud cuando pensó en convertirse al catoli-

¹ Las dos primeras partes de este texto fueron publicadas en esta misma revista, en los números 374 (agosto de 1981) y 380 (febrero de 1982).

² Stefan Müller-Doohm: En tierra de nadie. Theodor W. Adorno: una biografía intelectual. Traducción de Roberto H. Bernet y Raúl Gabás. Herder, Barcelona, 2003.

cismo. Y, desde luego, el hecho de firmar su obra con el apellido materno, reduciendo el paterno a una equívoca inicial.

No le gustaban los que él llamaba «judíos de profesión», mucho menos los sionistas, a quienes veía como paradigma de los nacionalismos, pero las persecuciones de los nazis lo llevaron a inscribirse en la Liga Cultural de Judíos Alemanes, que rechazó su pedido aduciendo que no era judío puro sino *mischlinge* de cristiano por parte de madre. Sin embargo, el exilio, en esto como en tantas cosas, le dejó su marca: lo habían cesado en el trabajo y amenazado con la deportación no porque se considerase judío sino porque así lo definía el verdugo. Y fue uno de aquéllos, uno de esos nómadas gitanos secretos de la historia, que vagan por el mundo sin reconocer a los dioses locales ni asumir patrias limitadas, que no se dejan incluir en la civilización ni se someten al primado del trabajo. Son la piedra de escándalo de la sociedad de clases, semejantes a los artistas surgidos de la burguesía patricia, que la cuestionan como una tropa de *gentlemen* fugitivos.

No casualmente, uno de sus estudios sociológicos de la madurez se dedica al antisemitismo. El odio al judío acaba siendo visto como una gigantesca y enmascarada actuación de autodesprecio de la comunidad popular, tal como la conciben los fascismos. Proyectada sobre una minoría privilegiada y desprotegida, a la cual se ve exenta del esfuerzo del trabajo porque está excluida del proceso de la producción —no de la distribución: comercio y finanzas—, esta fobia traza un retrato del judío como el que sabe más y merece envidia, en especial la religiosa: es la religión del Padre, jerárquica y monológica, que elude las inquietudes dialógicas de la religión del Hijo (cristianismo). En el judaísmo, el antisemita admira la permanencia de la autoridad paterna en un gesto de regresión infantil que se proyecta en la adoración del líder fascista, mezclada con la figura persecutoria del judío omnipotente que se zafa de todos los exterminios y retorna a los puestos de mando social.

Ansioso, introvertido, precozmente adulto, Adorno no tuvo una infancia propiamente dicha. Por eso jugó, como un niño, a no sentirse nostálgicamente expulsado de ella, según nos ocurre a la mayoría de los adultos. «Disponer de una infancia mágica es la fuerza del débil», escribe en su ensayo sobre George y Hofmannsthal. Por ello, igualmente, no quiso tener hijos, o sea convivir con niños y mirarse en la réplica infantil que proponen. Fue un joven esnob, devoto de los títulos nobiliarios, verborreico, aficionado a la provocación en tanto riesgo personal, invasor de tertulias, como un niño mimado que debe lucir sus galas a cada rato. Toda su vida detestó los medios de transporte pro-

miscuos, como el avión. Lo suyo eran los trasatlánticos de lujo, donde sentirse a solas en la *suite* del camarote con terraza propia, rodeado por el desierto conmovido del mar, conmovido como un ejercicio de pensamiento dialéctico, donde no hay lugares fijos ni los viajeros dejan huellas indelebles.

Diría que su formación no tuvo, en lo filosófico, nada de peculiar. Estudió a Husserl, la psicología gestática, a Dilthey como antepasado, quizás al joven Heidegger como heredero. Lo marcaron algunos libros que se pueden considerar «literatura de la derrota»: *Teoría de la novela* de Lukács, *Espíritu de utopía* de Bloch, aunque nada de Spengler. Subrayo su afición a la novela policiaca, que compartía con Siegfried Kracauer, autor de un libro canónico sobre el tema. Con ella empezaron sus inquietudes de filósofo social, porque el género detectivesco muestra a una sociedad inauténtica su verdadero rostro, al igual que los héroes problemáticos de Lukács. Sherlock Holmes se alinea tras Don Quijote y Julien Sorel.

En una vida tan geoméricamente diseñada y, dentro de lo posible, prevista, un episodio altera el plan y desafía toda identidad: el exilio a partir del ascenso nazi al poder, en 1933. Adorno siempre consideró que el exilio es «vida dañada» y que el intelectual debe asumirla. De lo contrario, se presentará cruelmente y de modo inesperado, un retorno del desplazamiento. El exilado consciente se vuelve un apátrida de profesión, rasgo que se suma a su calidad de *outsider*, implícita en todo intelectual. Es la soledad absoluta, la carencia de casa propia en cualquier lugar, que permite poner limpiamente a la sociedad frente al espejo. Cercano y modélico, Thomas Mann propone reconstruir su despacho allí donde vaya, pero sin retornar jamás a su vivienda alemana.

En lo intelectual, el hecho de exilarse en países anglosajones acentuaba su sensación de extrañeza. Adorno respondía por su tradición metafísica continental, alejada de la analítica del lenguaje, el positivismo lógico, el empirismo y el pragmatismo de lengua inglesa. Para alcanzarlos debía rebajarse a niveles que consideraba infantiles. De no hacerlo, se tornaba incomprensible.

En especial, las tensiones del exilio se acentuaron en los Estados Unidos. Si bien los alemanes constituían, por afinidad profesional y relativa coincidencia política, una isla de tierra en el continente del desierto, a su alrededor estaba ese país que era el más adelantado de la civilización, democrático hasta niveles desconocidos por los europeos, con una capacidad para mercantilizar la cultura que derogaba todo prejuicio trascendental y aristocrático a su respecto. Estas virtudes opues-

tas y complementarias a las tradicionales del Viejo Continente, le fueron reconocidas por Adorno. No dejó de ver su contrafaz: una sociedad sin modelos de existencia –ni religiones ancestrales, ni feudalismo, ni nada arcaico– que lleva una vida «desencadenada», con un amplio registro de libertades, donde se tiende a la equivalencia propia del igualitarismo democrático, pero también a la reiteración.

El retorno fue duro. La prueba es que Adorno no quiso recuperar su ciudadanía alemana hasta 1955, a diez años de terminada la guerra. Por medio quedaba Auschwitz: después de esta experiencia, toda poesía se convertía en un ejercicio de barbarie. No era posible seguir pensando como hasta entonces, a riesgo de repasar la basura. Si bien al volver a París, Adorno sintió de nuevo el esplendor de Europa, intacto a pesar de la miseria de posguerra, en Fráncfort vio que de las 177.000 casas de la ciudad sólo quedaban en pie 44.000. Entre ellas deambulaban unos alemanes descabezados que habían desaparecido como sujetos de la historia universal, limitados a buscar agujeros donde esconderse, con alguna rendija para respirar. Peligrosa, rondaba la utopía de volver al pasado para corregirlo, como si el nazismo no hubiese existido.

Adorno vio en esta Alemania un país enfermo, cuya culpa colectiva como sociedad se había resuelto en neurosis: malestar, búsqueda de protección y, a la vez, reclamo de no ingerencia, como si Hitler hubiese sido una querrela entre alemanes, de ámbito doméstico. Una suerte de individualismo de «sálvese quien pueda» se había aliado perversamente con una falta de individuación, propia de una sociedad masificada por la tiranía totalitaria.

Intelectualmente, el panorama no era estimulante más que para la polémica. Dominaba, en la sociología, el positivismo que se proponía hablar de los hechos como objetos impasibles a la interpretación, que podría ser insoportablemente dolorosa. Encubierto por las formas de la democracia, acechaba un fascismo más peligroso, por eso mismo, que el abiertamente antidemocrático.

En cuanto a Heidegger, a quien Adorno criticó duramente, cabe señalar que no lo rechazó de raíz, sino que lo tradujo a partir de las sugerencias sociales y existenciales de su primera etapa. La pregunta por el ser tenía su pertinencia, pero formulada desde el ente, que tiene historia. Entonces: el proceso de la cosificación no se efectúa desde la historia del ser (olvido del origen en el tiempo) sino desde la teoría de la sociedad. Algo similar ocurre con el lenguaje: no tiene unos contenidos objetivos que revela la filología, como si estuvieran allí depositados por Dios -- y estudiados por los cabalistas antiguos –sino que es algo